

LA ESCALADA COMO ESTRATEGIA

WILFRED BURCHETT

Desde que se escribió este libro,¹ han ocurrido cambios dramáticos en la guerra de Viet Nam. Todo el poderío de la fuerza aérea norteamericana ha sido arrojado contra la parte norte del país; algo más que la tercera parte de todas las fuerzas terrestres norteamericanas —incluyendo las mejores divisiones— se encuentran en la parte sur. La opinión liberal en todo el mundo se estremece por el destino del pueblo vietnamita bajo el peso inaudito del poder destructor empleado contra ellos. En sus días, el pueblo vietnamita tuvo que librar batallas desiguales contra los chinos; los franceses, los japoneses y de nuevo los franceses, siempre superados en número, siempre con armas inferiores. Pero jamás en sus miles de años de historia se movilizó contra ellos semejante fuerza con una desproporción tan abrumadora. Jamás en la historia una nación del tamaño de la de Viet Nam ha tenido que soportar un peso tan enorme de hombres y de armas. Pero es el milagro de los milagros, pues los vietnamitas son quienes están ganando esta guerra contra la potencia militar e industrial más poderosa del mundo.

¹ *La guerra del Viet Nam*, La Habana, ER, 1966. (N. de R.)

Viet Nam del Sur se ha convertido en un cementerio para las carreras de algunos de los principales diplomáticos y generales de Norteamérica, y confidencialmente puede predecirse que la lista aumentará. Viet Nam del Sur ha hecho pedazos la leyenda de la invencibilidad de las tropas de choque de Norteamérica: los US marines. Del mismo modo que las tropas de choque de la Legión Extranjera de Francia recibieron su golpe mortal a manos del pueblo vietnamita en la guerra de Indochina y su tiro de gracia en Argelia. También se han destruido los principales conceptos estratégicos norteamericanos, tales como «guerra especial», y la doctrina de «escalada» como estrategia política y militar. El espectro de una humillante derrota a manos de una nación atrasada de campesinos, clava su mirada en Washington. ¿Cómo es posible? El Secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert McNamara, visitó Saigón nueve veces para tratar de averiguar. Después de las primeras ocho visitas, sus declaraciones, aunque contradictorias, eran siempre optimistas. Los resultados, en verdad, siempre defraudaron este optimismo, pues el cometido de las tropas de Estados Unidos se elevó gradualmente de 16,000 «consejeros» a 460,000 hombres de tropas de combate. Pero después de su novena visita se declaró pesimista inclusive públicamente. Y tenía sobradas razones para ello.

Para el verano de 1967, con más de 1.100,000 de soldados a su disposición, el general Westmoreland, el «hombre en Saigón» del Presidente Johnson, se vio ante una situación militar deprimente en todos los frentes. Los *marines*, quienes cayeron en una trampa a lo largo del paralelo 17, iban derechitos a ella con sus ojos muy abiertos, mientras gritaban «victoria», eran puestos fuera de combate en un número mayor de lo que podían ser reemplazados. Quizá por primera vez en su historia se vieron obligados, en repetidas ocasiones, a abandonar sus muertos y heridos. Y, la mayor humillación de todas: se vieron obligados a pedirle al ejército que viniera a rescatarlos. Normalmente es todo lo contrario. Según las cifras oficiales, los *marines* perdieron 8,000 hombres —más del 10% de su fuerza total en Viet Nam— en los primeros seis meses de 1967. Todo periodista que haya comprobado los estimados de una operación específica sabe que el Alto Mando de Saigón falsea las bajas de Estados Unidos de un 30 a un 100%, y que, aparte de las bajas en combate, también el agotamiento por el calor, la malaria, las picadas de insectos y otras especialidades del clima tropical, provocan grandes bajas, sobre todo entre los jóvenes sin entrenamiento que se envían precipitadamente para que reemplacen las

bajas en las filas de los *marines*. Los *marines*, tratando de mantener sus posiciones a lo largo de las lomas selváticas cerca de la zona desmilitarizada, pueden compararse con «peces fuera del agua». La guerra de posiciones y las montañas no constituyen tareas para ellos. Están entrenados para los desembarcos por mar, para una lucha rápida con el propósito de asegurarse cabezas de playa, y entonces regresar a sus bareos y a sus bases hasta la próxima vez que vuelvan a necesitarlos. La crisis militar en la que el propio Westmoreland se encuentra, puede ser valorada por el hecho de tener que emplear los *marines* en la guerra posicional.

Westmoreland, que se estaba preparando para presentarse como candidato presidencial, es ahora candidato, por el contrario, para un puesto en la lista de generales en desgracia. Debiera meter la cabeza en un cubo por su actuación. Prometió grandes cosas para la temporada seca de 1966-67, victorias militares de dimensiones suficientes como para eliminar cualesquiera preocupaciones que tuviera el Presidente Johnson en lo concerniente a la reelección en 1968. Las promesas de Westmoreland fueron suficientes para cortar algunas tentativas sobre un acuerdo de negociación que llegó a su punto culminante cuando Nguyen Duy Trinh, Ministro del Exterior de Viet Nam del Norte, me dijo a fines de enero de 1967 que las conversaciones entre EUA y la RDV podrían empezar una vez cesaran los bombardeos al Norte. Johnson había dicho muchas veces que sólo necesitaba una señal, oficial, pública o privada, de Hanoi y los bombardeos cesarían. Westmoreland inmediatamente redobló sus aseveraciones a Johnson de que la victoria militar estaba a la vista; Hanoi ya estaba flaqueando, todo lo que se necesitaba era aumentar la dosis. La reacción de Washington ante el gesto de paz en Hanoi consistió en toda una serie de nuevas medidas de «escalada», incluyendo el hecho de minar los ríos de Viet Nam del Norte, de intensificar el bombardeo naval de las áreas costeras, de bombardear el Norte a través del paralelo 17, de intensificar el bombardeo dentro de la zona desmilitarizada y, finalmente, de una invasión en gran escala a la zona desmilitarizada por parte de los *marines*.

En el transcurso de estas flagrantes violaciones de la zona «desmilitarizada», Westmoreland suprimió las últimas restricciones legales, morales y militares para que las tropas de Viet Nam del Norte tomaran en cuenta al paralelo 17, por más tiempo, como la línea divisoria entre el Norte y el Sur. Westmoreland había completado la iniciativa tomada por los norteamericanos, cuando empezaron a bombardear a Viet Nam del Norte

en febrero de 1965, de crear un frente militar único en Viet Nam del Norte. Muy pronto los *marines* se vieron enfrascados en una lucha con veteranos de Dien Bien Phu y de otras batallas históricas. El pretexto oficial de invadir la zona desmilitarizada era el de bloquear las «vías de infiltración». El resultado fue abrirlas y justificarlas. La verdadera razón, según parece, era preparar el camino para una invasión a Viet Nam del Norte, combinada con desembarcos un poco más arriba en la costa, cerrar la estrecha faja de tierra al norte del paralelo 17 y ocupar el área a través de la cual pasaban las vías claves de suministros norte-sur. El sueño del comando estadounidense era el de escapar de la guerra de guerrillas y entrar en combate con tropas regulares del Norte en una batalla clásica y convencional en la que la superioridad material de Estados Unidos podría decidir pronto la lucha. Esta fue otra de las pifias de Westmoreland.

Los *marines* inmediatamente se vieron enfrascados en el mismo tipo de guerra popular con que se habían encontrado en todas partes del Sur, una advertencia de que aun cuando invadieran el Norte no se habrían comprometido en una guerra clásica y convencional, sino en una guerra en la que participaría todo el pueblo. Dentro y fuera de la zona desmilitarizada, como en todas partes, era la misma combinación de tropas regulares —con armas más pesadas esta vez porque estaban demasiado cerca de sus líneas de abastecimiento—, tropas regionales y guerrillas locales. Los *marines*, de hecho, habían caído en una trampa que ellos mismos se habían preparado. Habían atraído a las unidades del Norte hacia el Sur, pero estas últimas atrajeron a los *marines* hacia las lomas donde se enfrascaron en batallas que los vietnamitas interrumpían a voluntad, esfumándose en la selva o en la noche tropical, dejando a los *marines* en posesión de una serie completa de lomas, cerros en los que más tarde quedarían aislados y luego serían aplastados por los morteros, la artillería y los cohetes vietnamitas. Una vez que el Alto Mando de Saigón había anunciado con gran fanfarronería publicitaria que había capturado tal y tal colina, no era sino el prestigio, más que las consideraciones tácticas, lo que exigía conservarla. En Hanoi, en ese entonces, el Ministro de Defensa, Vo Nguyen Giap, sonreía pícaramente. Tenía a los *marines*, lo mejor de todas las tropas estadounidenses en Viet Nam, precisamente donde él quería; precisamente donde mejor podía vérselas con ellos. Nunca había tenido semejante regalo desde que los franceses lanzaron lo mejor de todas sus tropas en Indochina, en el valle de Dien Bien Phu.

Por un breve instante pareció que Westmoreland tenía grandes dudas. Dos días después del anuncio de que se iba a levantar una versión de la «Ligne Maurice» (una alambrada de púas electrificada que los franceses levantaron a lo largo de las fronteras de Argelia con Marruecos y Túnez) justamente al sur del paralelo 17 y de que ya los trabajos habían comenzado, Westmoreland de repente propuso que las tropas de ambos lados se retiraran 10 kilómetros al sur y al norte, respectivamente, de la zona desmilitarizada. Una proposición evidentemente inaceptable para Hanoi, que indicaba la necesidad de que los norteamericanos pusieran fin a sus violaciones de la zona desmilitarizada como se había establecido conforme a los Acuerdos de Ginebra.

El tratar de mantener las posiciones dentro y alrededor de la zona desmilitarizada convirtió esta área en una llaga supurante, en una verdadera hemorragia, para el Alto Mando de Saigón, y tuvo un efecto importante en los demás campos de batalla. Se enviaron elementos de la tan notoria Primera División de Caballería (Aerotransportada) al rescate de los que estaban en las zonas montañosas del centro; la 196ª Brigada de paracaidistas fue trasladada desde la región al norte de Saigón; también fueron trasladadas las unidades destinadas para la mayor implantación de tropas estadounidenses en el Delta del Mekong. Sólo una brigada de la 9ª división, en lugar de la división completa, se pudo enviar al Delta donde inmediatamente cayó en una guerra defensiva. No se alcanzó ni una sola de las metas tácticas fijadas para la estación seca de 1966-67. En vez de eso, las tropas de Westmoreland sufrieron fuertes reveses en todos los frentes y se preparó el escenario para importantes acciones del Vietcong en las zonas montañosas del centro y en el Delta del Mekong durante la temporada de las lluvias de junio-noviembre.

El dilema con que se enfrentaba McNamara en su novena visita era cómo responder a las demandas de Westmoreland por más tropas. Hasta las calculadoras famosas del Pentágono deben haberle informado a McNamara que todo era inútil. El añadir otros cien o doscientos mil hombres a una fuerza que ya pasa de un millón, no puede alterar materialmente la situación. No hay manera de cambiar la relación de fuerzas en favor de los Estados Unidos. Las fuerzas combinadas del FLN y de Viet Nam del Norte se pueden extender proporcionalmente más rápido que los refuerzos que MacNamara pudiera enviar. Las mejores divisiones norteamericanas ya han sido movilizadas, unas 9 del total de 22 divisiones de las fuerzas

terrestres de Estados Unidos. Y las mejores tropas de esas divisiones ya han completado su año de servicio. Los problemas de abastecer hasta 460,000 hombres y de darles el tipo de apoyo aéreo a que ellos están acostumbrados en la batalla, ya están agotando incluso los recursos de Estados Unidos. Durante el segundo trimestre de 1967, por ejemplo, hubo un notable descenso en la actividad aérea en áreas claves al norte y noroeste de Saigón, áreas en las que por dos años rara vez se dejaba de escuchar el sonido de los aviones o helicópteros. También decayó considerablemente el apoyo aéreo táctico en las batallas. Esto se debe a que el potencial aéreo, en especial el suministro de pilotos, no se expandió en la misma proporción que las fuerzas terrestres. La intensidad de apoyo que se les puede brindar a 200,000 hombres no puede ser la misma que para 460,000 y esto se haría más notable si las fuerzas combativas de Estados Unidos se incrementaran a 600,000 o a 700,000, como se reportó que Westmoreland había solicitado en julio de 1967. Con todas las carreteras aparentemente controladas por el FLN, las tropas de Westmoreland tienen que depender de los suministros por aviones o por helicópteros, y hubo muchas ocasiones en la primera mitad de 1967 en que, a causa de la escasez de aviones o del mal tiempo, los suministros no llegaban a su destino. Los corresponsales norteamericanos reportaron casos de *marines* a lo largo del paralelo 17, que tenían que hacer una sola comida en dos días, escaseándoles el agua y las municiones. Estos problemas más bien se acrecentarán que disminuirán.

A pesar de su poderío y de sus recursos, hasta la fuerza de Estados Unidos tiene sus debilidades y sus límites. Con un gran esfuerzo se puede superar la escasez de aviones, pero la escasez de pilotos no se puede superar tan rápidamente. Desde mediados de 1966 hasta la fecha, las pérdidas de pilotos de Estados Unidos han progresado con más rapidez que las reposiciones. Las pérdidas en combate, más las dimisiones o traslados a aerolíneas civiles, aumentan más rápidamente que la producción de nuevos pilotos, y en junio de 1967 se anunció que a 3,700 pilotos, cuyo plazo de servicio había expirado, se les retuvo obligatoriamente en la Fuerza Aérea. El que lo retengan a uno contra su voluntad, empero, no levanta la moral. El hecho es que no hay otra salida en el entrenamiento de pilotos para aviones de retropropulsión, aun cuando no haya dificultades con los reclutas. Pero el ingreso de voluntarios en la Fuerza Aérea está muy por debajo de los requisitos, y los entrenadores de pilotos, a diferencia de los

de infantería, no se pueden conseguir como se consiguen reclutas. La falta de entusiasmo para inscribirse en la Fuerza Aérea está vinculada directamente con la guerra en Viet Nam, no sólo a causa del gran porcentaje de bajas, sino también debido al hecho de que no hay entusiasmo por que lo maten a uno en una guerra que nada tiene que ver, evidentemente, con los intereses nacionales.

Durante la novena visita de McNamara a Saigón, hubo una curiosa diferencia de apreciación entre él y Westmoreland. Este pidió 70,000 tropas más para «mantener la iniciativa militar». McNamara dijo que se enviarían más tropas para que Westmoreland pudiera «recobrar» la iniciativa. Una diferencia de crucial importancia: la apreciación de McNamara era correcta. El Alto Mando de Saigón ya había perdido la iniciativa, y perder la iniciativa con más de un millón de tropas a su disposición significaba que Westmoreland, de hecho, había sufrido una punzante derrota. Resulta realista afirmar que el Alto Mando de Saigón no sólo perdió la iniciativa, sino que rebasó el punto de su máxima eficacia. Es el FLN el que decide dónde y cuándo tienen lugar las acciones decisivas. Aún antes, cuando el Alto Mando de Saigón tenía la iniciativa en el sentido de decidir dónde y cuándo emprender las operaciones, era el FLN el que, dentro de la red de esa operación, decidía cuándo y dónde entrar en combate con el adversario. En cada operación era el FLN el que invariablemente mantenía la iniciativa táctica. Desde mediados de 1967, fue el FLN el que se adueñó de la iniciativa estratégica; era el FLN el que decidía si iba a atacar en la zona montañosa del centro o en el delta del Mekong, o en las llanuras costeras del este, o en la región justamente al sur de la zona desmilitarizada. En mayo de 1967, a los periodistas acreditados en el Alto Mando de Saigón se les rogó que no usaran el término «retirada» para describir las actividades de los *marines* en el frente del norte. Cuando los corresponsales que acababan de regresar del área abordaron el tema, los portavoces admitieron que los *marines* estaban «saliendo» de ciertas áreas, pero que la «intención no era ocupar territorio, la finalidad era matar al enemigo». Cuando la visita de McNamara, ya no se podía ocultar la verdad por más tiempo. Los *marines* verdaderamente se estaban retirando, de una colina y de otra, incluso estaban evacuando sus cañones de 175 milímetros de su importante base de artillería en Gio Linh. Otras bases tales como Dong Ha y Con Thien tenían que soportar un ataque constante de morteros y cohetes. McNamara no pudo desembarcar en Dong Ha, como se había

planeado, el 11 de julio, y esa noche el fuego de morteros y cohetes destruyeron 11 helicópteros e inutilizaron la pista de aterrizaje. A medida que el potencial de fuego del FLN siga su ofensiva hacia el sur, no podrán sostenerse por más tiempo otras bases de Estados Unidos, y la debilidad total de la posición norteamericana, encerrada en bases sumamente vulnerables sin una retaguardia estable, llegará a ser bien evidente. Como ilustración de lo que se avecina, se reveló durante la visita de McNamara que 667 aviones y 574 helicópteros habían sido destruidos en tierra en Viet Nam del Sur por los ataques con morteros y las incursiones de comandos del FLN. El «Vietcong» habría necesitado una poderosa fuerza aérea para alcanzar tales resultados en los combates en el aire, pero esto se llevó a cabo, de hecho, sin perder un solo hombre.

Cómo ha sido esto posible, se explicará más adelante. Es imposible que un Johnson o un Dean Rusk acepten la verdadera razón, pues ello destruiría todo argumento para permanecer en Viet Nam del Sur, destruiría todo su argumento para bombardear a Viet Nam del Norte. Johnson y Rusk han estado perpetrando una de esas enormes mentiras de dimensiones hitlerianas, al sostener que la guerra en el Sur es una agresión procedente del Norte. Ellos se niegan a ver la realidad de las cosas; que hay una guerra civil en marcha arraigada profundamente en las políticas anticomunistas globales de Estados Unidos, en la que Estados Unidos participa del lado de una dictadura fascista, en tanto que el Norte ayuda, en proporciones infinitesimales comparado con la intervención estadounidense, al pueblo del Sur, que ha tomado las armas. Si el problema hubiera sido una simple agresión por parte de las fuerzas armadas del Norte, el poderío norteamericano de armas, más todas las que Estados Unidos ha puesto en manos de sus títeres de Saigón, habría resuelto rápidamente el asunto. El hecho es que se trata de una guerra en la que está empeñado todo el pueblo de Viet Nam del Sur que se ha levantado y que ha tomado fuerza a todo lo largo y ancho del país, a partir de la dictadura fascista de Diem. Ahora se trata de una guerra en la que está empeñada todo el pueblo vietnamita contra la clara agresión norteamericana. Los ataques contra las bases de Estados Unidos más fuertemente defendidas, incluso en el corazón de Saigón, Danang, Quang Tri, Hue, y otras ciudades, nunca hubieran podido llevarse a cabo a menos que los atacantes tuvieran pleno apoyo del pueblo en el área. Los preparativos y la movilización para dichos ataques, después la retirada, casi invariablemente sin la pérdida de

un solo hombre, hubiera sido imposible sin la cooperación y la protección de la población local.

Por ser esta una guerra del pueblo, es que un grupo, formado en su mayoría por intelectuales, abogados, arquitectos, profesores, periodistas saigoneses, puede dirigir operaciones militares de un orden táctico superior a las de los más altos líderes militares estadounidenses. Cualquier militar sabe que las cuestiones de moral superior, de inteligencia superior, son factores decisivos en la guerra. También es un axioma el hecho de que no se deben llevar a cabo operaciones militares si no se tiene una retaguardia estable.

El Alto Mando EUA-Saigón carece por completo de retaguardia, a excepción del Océano Pacífico y de la Séptima Flota. Geográficamente hablando, carecen de retaguardia en los corazones y en las mentes del pueblo. Debido a esto carecen de inteligencia. Ningún dispositivo electrónico, ningún reconocimiento fotográfico, ningún aparato infrarrojo puede compararse con los ojos y oídos humanos como fuentes de información de inteligencia. Aparentemente, todo hombre, mujer o niño en Viet Nam del Sur —y esto también es cierto inclusive para una gran proporción de las tropas alistadas en las filas del ejército de Saigón, y para los vietnamitas que trabajan dentro de las bases norteamericanas y en las cercanías de éstas— constituye los ojos y oídos del FLN. Los norteamericanos nunca saben dónde encontrar al «Vietcong» y, contrariamente a lo admitido durante la visita de McNamara, tampoco sus aviones pueden detectar las posiciones bien camuflageadas de la artillería alrededor de las bases de Estados Unidos. Pero el «Vietcong» siempre sabe dónde están los norteamericanos. El clima y la naturaleza son hostiles a los norteamericanos; son los protectores naturales del pueblo que lucha por defender su propia tierra y sus hogares. En cuando a la moral, no existe comparación entre la de un ejército enviado a un país extranjero por una causa que, o no entienden o desprecian, y la de un pueblo que lucha en su propia tierra por su propia tierra. Esto sería cierto aun cuando la tesis Johnson-Rusk de «agresión procedente del Norte» fuera correcta.

Los resultados, hasta la fecha, de la guerra de Viet Nam son un triunfo del hombre sobre las máquinas, del más débil sobre la riqueza y el privilegio. Los logros del pueblo vietnamita resaltan aún más a la luz de la guerra árabe-israelí, en la que los líderes de un pueblo subdesarrollado pusieron demasiado énfasis en el hecho de oponer máquinas a máquinas, y

Comunicación

dejaron a un lado el factor más importante que es el de preparar bases sólidas en los corazones y en las mentes del pueblo.

Debido a que el Presidente Johnson y sus consejeros se vieron incapaces de captar la naturaleza de la guerra, sus estrategias han sido inadecuadas. La «guerra especial», basada en el empleo de un ejército y de una administración locales; un ejército equipado, financiado y entrenado, y eventualmente mandado, por Estados Unidos, fue un fracaso precisamente porque el pueblo repudiaba al ejército y a la administración.

La «escalada» es también un fracaso, que se debe a la misma incapacidad de captar los hechos y las dealidades están más allá de la posibilidad de asimilación de las calculadoras del Pentágono. McNamara pensó que con 100,000 tropas de Estados Unidos podía salvarse la situación; cuando esto no dio resultado, parece que también pensó que con el bombardeo de carretera, vías férreas y puentes en Viet Nam del Norte podía influir en la situación en el sur. Si hubiera comprendido el hecho de que la guerra en el Sur procedía del Sur, se habría dado cuenta de que los bombardeos eran inútiles. El desquite de Hanoi por los bombardeos, era realmente empezar a enviar suministros en gran escala al Sur. Tampoco sirvió el incremento de la «escalada» para destruir los suministros de combustible. El desquite ante este hecho era el de enviar aún más ayuda. De hecho, la «escalada» actúa de dos maneras.

Si Estados Unidos hubiera enviado inmediatamente 460,000 hombres a Viet Nam del Sur; si la Fuerza Aérea de Estados Unidos hubiera lanzado un ataque simultáneo contra las comunicaciones, los suministros de combustible, las industrias, los diques, las ciudades y las aldeas de Viet Nam del Norte, la resistencia del pueblo vietnamita habría sido mucho más difícil. Lógicamente, esto era imposible en el Sur; políticamente, era imposible en el Norte. Pero más importante aún, porque el Pentágono juzgó mal, completamente, la naturaleza de la guerra. Nunca se creyó necesario un asalto de estas dimensiones. El hecho de que tomara dos años aumentar las tropas de Estados Unidos a la cifra de 460,000 y de que fuera sólo después de dos años de bombardear el Norte que se lanzara un ataque total contra las industrias, le dio tiempo al FLN para que expandiera sus fuerzas proporcionalmente con más rapidez que el reagrupamiento y el mantenimiento de las de EUA, y le dio tiempo al Norte para que descentralizara su industria y para que tuviera industrias regio-

nales en producción, en el momento en que fueran destruidas las industrias centrales.

A fines de abril de 1967, la industria regional en el Norte fue organizada en cada provincia, produciendo mercancías de consumo esenciales como azúcar, papel, cigarros, fósforos, jabón, utensilios de cocina. Se instalaron pequeñas turbinas en las corrientes de agua en las regiones montañosas, y cientos de aldeas tuvieron energía eléctrica y luz por vez primera. Se crearon tiendas de piezas y artículos de ingeniería en la mayoría de los distritos para reparar los medios de transporte. Ya estaban funcionando los planes anunciados dos años antes para conferir autonomía económica a cada provincia y de este modo aliviar la tensión del sistema de transportes; en todas partes estaban funcionando unidades industriales descentralizadas en grutas y túneles naturales y artificiales, fuera del alcance de los bombardeos de Estados Unidos. Por ejemplo, cuando destruyeron la gran fábrica de papel y la gran refinería de azúcar en Viet Tri, la producción total de azúcar y de papel en las plantas regionales superó la de Viet Tri. La «escalada», o el aumento de la dosis de terror en el Norte hasta que el pueblo vietnamita ceda, ha demostrado ser ineficaz y absurda. Como lo ha sido el intento de destruir el sistema de comunicaciones. Después de dos años y medio de ataques diarios, los pilotos estadounidenses siguen atacando los mismos puentes y las mismas estaciones de radar; se han construido miles de kilómetros de puentes que, de hecho, no existían en febrero de 1965. La «escalada» como estrategia política y militar es un fracaso también, porque implica que Estados Unidos tiene pleno control de la situación en Viet Nam, y sólo depende de las calculadoras el hecho de averiguar la dosis correcta de poder norteamericano para que se aplique en aquellos vietnamitas que hayan sobrevivido para establecer una paz norteamericana. Esto es un engaño tan grande como cualquier otra política con que ha experimentado Washington en Viet Nam. El pueblo vietnamita no bajará sus armas mientras siga habiendo un norteamericano u otro extranjero en su tierra con intenciones hostiles.

Prefacio inédito a la edición italiana de *La guerra de Viet Nam*, julio de 1967.

101. 346

